

En uno de los lados habia una fuente que remataba en un águila de dos cabezas, que por uno de sus picos echaba vino tinto y por el otro vino blanco.

El otro lado lo ocupaba un monton de avena que tendria unos tres pies de altura.

Cuando todos los balcones estaban ocupados, cuando el emperador, el arzobispo y los electores estaban sentados en sus respectivos puestos, se oía el sonido de la trompeta, y el archi-mariscal salía á caballo, metía hasta la cincha el caballo en la avena, llenaba una medida de plata, volvía á subir al salon, y presentaba al emperador esta medida.

Esto queria decir que las caballerizas estaban provistas.

Oíase entonces segunda vez la trompeta, y el copero mayor salía á caballo, é iba á llenar dos copas de plata en la fuente, la una con vino tinto, la otra con vino blanco, y llevaba estas dos copas al emperador.

Esto queria decir que las bodegas estaban llenas.

Se oía la trompeta por tercera vez, y el trinchante mayor salía á caballo, é iba á cortar un pedazo de buey y lo llevaba al emperador.

Esto queria decir que las cocinas estaban florecientes.

En fin, se oía la trompeta por cuarta vez, y el tesorero mayor salía á caballo, llevando en la mano un saco donde estaban mezcladas monedas de oro y plata, y arrojaba estas monedas al pueblo.

Esto queria decir que el tesoro estaba lleno.

La vuelta del tesorero mayor era la señal de un gran combate á que se entregaba el pueblo por tener avena, vino ó buey. Generalmente se dejaba á los carniceros y cosecheros de vino sítar y tomar la cocina; la cabeza del buey era el trofeo mas honroso de la lucha. La victoria se adjudicaba al partido que tenia la cabeza; y todavía hoy los cosecheros enseñan en las cuevas del palacio y los carniceros en su mercado las cabezas que sus antepasados conquistaron en las memorables jornadas de las coronaciones.

Después de haber visitado escrupulosamente las bodegas y el mercado, y rendir mis homenajes á los descendientes de los cosecheros y á los sucesores de los carniceros, me dirigí hácia el malecon por el cual bajé hasta Mainhüt, y saliendo por la puerta inmediata, me encontré en los encantadores jardines de que he hablado mas arriba, y que son realmente deliciosos. Seguí por ellos hasta la puerta de Bockenheim, y volví á entrar en la ciudad. Como sabia que estaba en la patria de Goethe, y no debiendo estar muy lejos la casa del poeta del barrio en que me encontraba, me aproximé á un respetable caballero que con una caña con puño de oro en la mano, atravesaba la plaza del Teatro; después, con toda la cortesania posible, me informé de si hablaba francés.

—¿Si hablo francés, caballero? me dijo. Un banquero debe hablar todos los idiomas, y yo soy banquero retirado. Me incliné con todo el respeto que profeso á esta estimable clase de la sociedad, y cuando me hubo devuelto mi saludo:

—En ese caso, caballero, le dije, ¿me hareis el gusto de indicarme la casa de Goethe?

—¿La casa de Goethe? ¿la casa de Goethe? repitió por dos veces el buen hombre cogiéndose la barba con la mano, y procurando reunir todos sus recuerdos. ¿La casa de Goethe? ¡hum! ¡hum! Caballero, preciso es que sea esa una casa que haya hecho bancarrota ó que todavía no tenga reputacion, porque no la conozco.

—Entonces, dispensadme por haberos importunado.

—No hay de qué, servidor vuestro.

Y nos separamos sumamente complacidos el uno del otro. El buen hombre me habia dado mas que lo que le pedia.

Al volver al *Emperador romano*, me informé del mozo de la fonda dónde estaba situada la casa de Goethe, supe que era la casa señalada con la letra F, número 74, en la calle *Grosser-Thirschgraben*, que quiere decir, segun creo, la calle del Gran Foso de los Ciervos.

Sea dicho esto de paso para librar á los viajeros del embarazo de prolongadas indagaciones.

### LA CALLE DE LOS JUDÍOS.

Inmediatamente después del almuerzo me puse en campaña, y como sabia ya dónde encontrar la casa de Goethe, me contenté con preguntar la direccion de la calle. Aunque Francfort se vanagloria de poseer 247 calles, todos felizmente conocian esta; así que estuve pronto frente á la letra F, número 74.

Esa letra y este número son los de una casa que en nada se distingue de las casas inmediatas; únicamente encima de la puerta están las armas de la familia, armas proféticas y cuyos colores no se pueden conocer por la ignorancia heráldica del que las talló, pero cuya pieza mas notable es una banda con tres listas.

En esta casa es donde Goethe escribió una parte de *Werther*.

Goethe es sin contradiccion, uno de los genios mas poderosos, no diré que haya poseído la Alemania, sino que haya poseído el mundo. En cada ramo de la literatura ha dejado alguna obra maestra. En novelas *Werther* y *Wilhelm weister* son maravillas; *Getz de*



Calle de los Judios, en Francfort.—Pág. 412.—O.

*Berlichingen* y *El Conde de Egmont* están á la altura de los dramas de Shakespeare. *La Desposada de Corinto*, *El Pescador* y *El Bey de Thule*, valed tanto como lo que los mas grandes poetas antiguos y modernos han hecho mejor. Fausto no tiene igual en ningun idioma, y cosa estraña, Goëthe á pesar de todo ha vivido feliz y respetado; ha encontrado á la vez un principe y un pueblo que le han comprendido viviendo; ha asistido á su apoteosis como si ya la sancion de los siglos hubiese pasado sobre él: de modo, que cuando murió cargado de años y honor, todos parecieron admirarse de que pagase el tributo comun; se habian acostumbrado á creerle inmortal.

Goëthe fué el primero que dió nuevas hermanas á esa familia de ángeles creada por Shakespeare. Clara, Mignon, y Margarita son creaciones tan castas en su afecto, tan puras en su amor, tan grandes en su abatimiento como Desdemona, Julieta y Ofelia. Todo nuestro teatro ha pasado entre esos dos hombres, creando mugeres apasionadas ó tímidas doncellas, pero sin imaginar nada que se pareciese á la aristocrática amante de Otelo, ó á la pobre querida de Fausto.

En la esquina de la calle donde está situada esta casa santa, lei el cartel de la funcion de la noche en el teatro: se representaba *Grise-lidis*.

La calle que tomé al acaso, según mi costumbre, me condujo derecho á la catedral. Es una construccion irregular, rodeada de casas que la ocultan, terminada en un campanario truncado: comenzada por los Carlovingsios, fué acabada ó mas bien interrumpida en el siglo XVI. Su aspecto tiene algo de estraño por la enorme cantidad de escudos que la adornan y que le dan el aspecto mas bien de un salon de armas que de un lugar santo. Contiene dos sepuleros notables.

Se enseña allí ademas un gran reloj, *obra maestra de mecánica*, que á mi parecer tiene una gran ventaja sobre los que andan mal, y es la de no andar.

En la catedral se me acercó el dueño de la fonda, que habia salido de su casa con intencion de verme, y que me buscaba para ponerse á mi disposicion el resto del dia. Le supliqué me condujese á la calle de los Judios.

En Francfort, como en todas partes, la calle de los Judios es el barrio mas sucio, pero tambien el mas pintoresco de la ciudad. La calle que habitan es hoy lo que era en el siglo XV. Mientras es posible permanecer en una casa, jamás un judío, hablo de un judío de pura sangre, un judío de la raza judaica, jamás un judío la derriba. La casa tiene grietas, las tapa; la casa se inclina, la pone puntales. El judío tiene horror á todo lo nuevo. Todo cambio le asusta; sus ojos prefieren fijarse en los objetos que han sido vistos por sus padres.

Sin embargo, hace cuarenta y cinco años turbó estraordinariamente un suceso el hormi-

guero israelita. En 1796 Jourdan hizo bombardear la ciudad durante dos dias con sus noches: la mayor parte de las bombas cayeron en la calle de los Judios, donde incendiaron y derribaron mas de cien casas. Este accidente ha producido sino la creacion, al menos el ensanche de una calle nueva.

Esta calle, como la otra, estaba adherida por puertas que se cerraban por la noche á cierta hora, y ante las que se colocaba un centinela. Todo judío que se retiraba tarde debia pagar una multa; pero desde 1819 todas aquellas medidas opresoras han desaparecido felizmente; los judios que no podian tener mas que una casa en la calle que les estaba especialmente reservada, pueden habitar donde quieran, y poseer tantas casas como les convenga. A su correligionario Mr. de Rothschild es á quien deben en gran parte esta mejora en su condicion: asi, contra lo que generalmente sucede á los que hacen bien, Mr. de Rothschild es adorado en Francfort.

Hay, sin embargo, costumbres que Mr. Rothschild no ha podido vencer á pesar de sus súplicas, antipatías que á pesar de sus instancias no ha podido destruir: y son las costumbres y antipatías de su madre á todas las nuevas invenciones del bienestar y del lujo que ella dispensa soberanamente. Jamás ha querido dejar su casita del Ghetto por ninguno de los palacios que sus hijos han hecho construir, en Paris, Londres, Viena, y aun en el mismo Francfort. Jamás ha querido ir en carruaje, jamás ha cambiado nada de su modo de vivir, y la fortuna de sus hijos ostenta por todas partes sus magnificencias, sin haber podido hacer caer sobre ella visiblemente ninguno de sus reflejos dorados.

Por lo demas, el manantial de esta fortuna es tan curioso como houroso. El principe de Hesse-Cassel, obligado á abandonar sus Estados en 1795, y no habiendo á quien confiar una cantidad de dos millones, pidió consejo á un amigo suyo quien le indicó, como el hombre mas honrado que conocia, á un judío con quien habia tenido algunas relaciones de negocios. El principe de Hesse-Cassel le hizo ir y le entregó la cantidad. El judío le preguntó si era á título de depósito ó para hacerla producir. El principe tenia prisa; le respondió que hiciera lo que quisiera, y se limitó á pedirle un recibo. Entonces el judío meneó la cabeza y le suplicó volviere á tomar aquel dinero, puesto que si él principe de Hesse-Cassel, era cogido, y entre sus papeles le encontraban el recibo, este recibo seria para el depositario una causa de persecucion.

Sin recibo, respondia de todo; pero con un recibo, de nada respondia. El principe vaciló un instante; el judío tenia aspecto de honrado, pero la cantidad era bastante fuerte para merecer algunas precauciones. Sin embargo, la confianza pudo mas que el temor; el principe le entregó la cantidad, y en seguida se pronun-

ció en retirada como todos los demas príncipes colegas suyos.

En fin, en 1814, el tratado de París devolvió á cada príncipe, sobre poco mas ó menos, lo que habian perdido antes de todos aquellos grandes terremotos de imperios, que desde 1793 á 1814 habian devorado tantos tronos: el príncipe de Hesse-Cassel volvió á entrar en su capital. En su ausencia, Napoleon habia hecho de ella la capital de un reino, de modo que quedó muy satisfecho del estado en que la encontraba.

Una mañana le anunciaron que un judío preguntaba por él; el príncipe de Hesse-Cassel responde que si el judío tiene que hacerle alguna petición, se la haga por escrito á sus ministros. El judío contesta que lo que tiene que decir al príncipe á nadie interesa mas que á él, y no lo dirá á nadie mas. El judío es introducido.

El príncipe le reconoce: era aquel el mismo trage, un poco mas raído; la misma fisonomía, algo mas envejecida; los mismos cabellos, algo mas escasos; y la misma barba, un poco mas encanecida. El judío se inclina.

—¡Ah, pardiez! le dice el príncipe, ¿eres tú? no pensaba volverte á ver. ¡Y bien! ¿qué vienes á decirme? ¿qué mi dinero ha sido descubierto y robado? ¡Y qué quieres, buen hombre, es una desgracia! Gracias á Dios y á la Santa Alianza, no soy muy pobre, y puedo perder dos millones con los que no contaba.

—No es eso, monseñor, respondió el judío inclinándose á cada palabra. Gracias al Dios de Israel, no han tocado á vuestros dos millones; pero V. A. me habia dado permiso para hacerlos producir.

—¡Ah! comprendo, dijo el príncipe; los has hecho producir tan bien, que se han perdido. ¡Qué quieres! ¡estos desgraciados tiempos han sido tan terribles para el comercio!

—No es eso, alteza. Los dos millones no se han perdido.

—¿Cómo! exclamó el príncipe, ¿me traes mis dos millones?

—Tampoco es eso, monseñor; no os traigo vuestros dos millones, os traigo seis. El dinero bien manejado produce así.

—¡Y bien! ¿pero, y tú?

—Yo ya saco mi agencia, mi corta comision, mi seis por ciento; pero es aparte de eso. Además, ya vereis los libros, monseñor; están en órden.

—¿Y en qué diablos has podido ganar cuatro millones?

—En una porcion de cosillas que seria demasiado largo deciros, monseñor; pero ya vereis todo eso en los libros.

—¿Y crees que voy á tomar ese dinero? Tomaré mis dos millones, pues lo demas es para ti; yo no comercio.

—V. A. no tiene razon; pudiendo disponer de unos fondos como esos, se pueden empre-

der grandes negocios, puesto que solo con dos millones....

—Vuelveme, te digo, los dos millones con los que has negociado, y guarda los cuatro millones de ganancia.

—¡Pero si ya os he dicho que yo he descontado mi corto interés!

—¿Cómo! si dices una palabra mas, no tomo nada.

—¡Ah! monseñor, hay leyes, aun para los pobres judíos; yo os obligaré á ello.

—¿A tomar seis millones cuándo no te he dado mas que dos? ¡Pardiez, la cosa es grandel!

—No, replicó el judío despues de haber reflexionado un instante; no, yo no puedo obligar á V. A. á tomar los seis millones, puesto que puede negar que me autorizó para hacer producir su dinero, y si no tiene palabra, seré condenado.

—¡Pues bien! dijo el príncipe, no tengo palabra; no te he autorizado para hacer producir mis dos millones, y si dices otra palabra mas, te persigo como defraudador de depósitos.

—¡Ya no hay buena fé en el mundo! murmuró el judío entre dientes.

—¿Qué dices? preguntó el príncipe.

—Nada, monseñor, dijo, que sois un gran príncipe, y yo no soy mas que un pobre judío. Hé aqui vuestros dos millones en buenas letras á la vista sobre el tesoro de Viena; en cuanto á los otros cuatro millones, puesto que resueltamente no los quereis (el judío exhaló un suspiro) será preciso que me quede con ellos.

Y el judío se volvió á Francfort llevándose los cuatro millones, y no comprendiendo como marchaban ya las cosas.

Este judío era Mr. Rothschild, padre.

Hé aqui el origen de esa gran fortuna, tal cual se me ha referido en Francfort: le reproduzo porque no puede herir, antes al contrario, á ninguno de los que llevan el mismo nombre.

Despues, he sido presentado á Mr. Rothschild de Francfort, que es cónsul de Nápoles, como su hermano de París es cónsul de Austria, y me ha recibido como Mr. Rothschild trata á los éstrangeros, con la mayor amabilidad. En cuanto á su señora, no diré de ella mas, sino que es uno de los privilegios de las señoras Rothschild ser modelos de buen gusto y modales, habiten en Lóndres, en París ó en Francfort.

Para terminar, me propuso mi cicerone visitar el hospital judáico, fundado en gran parte, y sobre todo, sostenido por Mr. de Rothschild.

Es un hospital semejante á todos los hospitales, con la sola diferencia, acaso, de estar algo mas limpio. ¿Es para quitar la gana á los judíos de Francfort de caer enfermos?

Uno de los balcones del hospital da al antiguo cementerio. Jamás he visto nada mas

triste que este campo mortuorio abandonado: todas las piedras cinerarias son semejantes, y si en alguna parte existe la igualdad, ciertamente es en aquel rincón de tierra. Una cabra la habita; es sin duda la cabra emisaria. Al brotar la yerba de los sepulcros, debe estar encargada de digerir los pecados de los que yacen debajo. Por lo demas, es una tarea que ejecuta concienzudamente: jamás he visto cabra mas grande y de mejor aspecto. Verdad es que á no tener miedo á los aparecidos, hay pocas existencias que puedan compararse á la suya; habiendo reemplazado á una cabra que murió de vejez, á su vez de vejez morirá. Esta es la muerte que ambicionaba Arlequin, y Arlequin no es un imbécil.

Al volver á la fonda, recordé que el abate Sméets me habia dado una carta para el obispo D.... Fui á su casa, pero el obispo D.... estaba en las aguas de Viesbaden. Esta carta tenia por objeto proporcionarme noticias acerca de Sand. Escribí al obispo D.... Su respuesta iba acompañada de una carta para monsieur Widemann, doctor en cirugia, calle Mayor de Heidelberg, núm. 444.

## ESCURSION.

Los alrededores de Francfort son curiosos; sobre todo, el pequeño principado de Homburg, merec ser visto, no precisamente por él mismo, sino por su colonia francesa.

Figúrese el lector toda una aldea protestante desterrada de Francia, cuando la revocacion del edicto de Nantes, es decir, por el año de 1686, que ha emigrado del pais natal con las costumbres, el idioma, y casi el trage del siglo en que vivia, para la que en vano ha girado la tierra desde aquel tiempo, que nada sabe sino por tradicion, que cree que los dragones acuchillan á los protestantes, y que os habla de cavalier y de Mr. de Baviile, como si hubieran muerto ayer; todo esto en un idioma que no es el nuestro, con giros de frases que no se encuentran mas que en Moliere; de modo que, menos el talento, se creeria, cuando se oye hablar á aquellos habitantes, que se lee una carta de Mad. de Sévigne ó de Busy-Rabutin.

Al llegar á la capital, de la que está distante la colonia francesa una legua próximamente, vi á dos soldados que se paseaban del brazo. Como no conocia su uniforme, pregunté al posadero á qué cuerpo pertenecian.

—Es nuestra infanteria, me respondió.

—¡Ah! vuestra infanteria.

—Si señor. Ayer hubiera podido enseñaros nuestra caballeria, pero nuestra caballeria, ha muerto él esta noche.

—¿Cómo, vuestra caballeria, ha muerto él?

—Sin duda, él ha muerto. Era un húsar. Debemos tres hombres á la confederacion, dos infantes y un ginete. Los dos infantes ahí los teneis; en cuanto al ginete, ha muerto. Pero mañana habrá otro.

El príncipe de Homburg, que tiene derecho de vida y muerte en sus estados, es segundo comandante de la fortaleza de Luxemburgo, lo cual hace que á pesar de su titulo de soberano, el primer comandante puede enviarle arrestado si falta á su servicio.

—Entonces, continué, vuestro príncipe es uno de los mas pequeños soberanos de Alemania, puesto que no tiene mas que tres hombres.

—¡Oh, monseñor! respondió el posadero, los hay mucho mas pequeños; los hay que tienen dos hombres, y uno, y medio.

—¿Medio hombre? ¿y como se gobiernan?

—¡Y bien! se arreglan con otro que debe hombre y medio. Uno presenta el hombre y el otro le viste.

Quince dias despues encontramos en Baden al príncipe de N.... ¡Esto ya es otra cesa!

Como era segundogénito, no le tocó en herencia mas que una aldea de doce casas.

Habia vendido sucesivamente sus doce casas, y por consecuencia sus súbditos, á excepcion de uno solo á quien habia hecho su ayudante de campo. Mas al llegar á Baden riñó con su ayudante de campo, y este para burlarle, le presentó su dimision; de modo que aun era príncipe soberano, pero que no tenia súbditos.

El pobre príncipe se arrancaba los cabellos de cólera. Estaba reducido á dar latigazos á su perro.

Espero que el dia menos pensado habrá sacudido tanto al pobre animal, que rabiara y concluirá por morderle.

Por lo demas, se me olvidaba decir que el príncipe de Homburg nos pareció era adorado de sus súbditos. Mas vale ser amado de pocos que detestado de muchos.

La excursion de Homburg nos habia puesto en camino: resolvimos hacer al dia siguiente una correria al Taunus.

El Taunus es una de las cadenas de montañas mas graciosas que he visto. Da á Francfort un horizonte encantador, que cambia de color á todas horas del dia, y que para la tarde sufre todas las variaciones de luz que le envia el sol poniente. En otro tiempo tenia minas de plata que fueron explotadas por los romanos. De trecho en trecho se encuentran en sus flancos anchas aberturas, profundas cavernas, en las que se descubre la señal del azadon legionario; y tambien en distintos sitios se ven restos de calzada, que parecen ca-

minos de gigantes, y que unos atribuyen á Germánico, otros á Adriano y otros á Carlo-Magno.

Partimos una mañana para visitar á Vinter-nøde y su lindo riachuelo, el Nida; Sden con sus catorce manantiales minerales, algunos de los que tienen sabor á tinta; Sellers, cuya agua espumosa, azucarada y ácida, se parece mucho al vino de Champagne, y en fin, Koenigsfelden ó la Piedra del Rey.

A pesar del orgulloso nombre que llevan, las ruinas de Koenigsfelden no son objeto de ninguna tradicion de la edad media; todo lo que la historia dice de ellas, es que habiendo muerto el último vástago de sus condes en 1581, aquella fortaleza se convirtió en prision de estado del arzobispo de Maguncia, que encerraba en ella sus prisioneros. En 92 se apoderaron de ella los franceses, y sostuvieron un sitio contra los prusianos, quienes en su ardor por tomarle, batieron en brecha á Koenigsfelden de dia y de noche; pero como por la noche se perdian las balas mal dirigidas, los franceses, para economizarlas la pólvora, encendieron linternas, que ataron á las murallas. Los prusianos se picaron tanto con aquella burla, que levantaron el sitio; de modo que los franceses conservaron á Koenigsfelden hasta 1796, en cuyo año le volaron.

Preguntaban al duque de Nassau por qué no reparaba, reedificándole, los estragos que los franceses habian causado en Koenigsfelden.

—No soy tan tonto, respondió, ese castillo está en su camino.

Ya hemos tenido ocasion de hacer notar que el duque de Nassau era un hombre muy sensato.

Nos entró el deseo de almorzar en medio de aquellas ruinas, obra nuestra. Me dirigí al punto á la aldea para proporcionarnos algunas provisiones, pero no era cosa fácil con mi modo de hablar el alemán. Entré por tanto en casa de un barbero, esperando que por sus relaciones con las barbas de los viajeros, habria tenido ocasion de aprender el francés. No quedé desairado mas que á medias; mi barbero me habló latin, verdadero latin. No lo haria como Ciceron, es verdad, pero era mas fuerte que Elvincourt. De modo que sobre poco mas ó menos, encontramos lo que buscábamos.

El barbero no quiso absolutamente recibir nada por el trabajo que le habiamos dado, y me vi obligado para que aceptase algo, á hacerme cortar el pelo.

Desde nuestro comedor, que habiamos establecido sobre la plataforma de Koenigsfelden, disfrutábamos una vista magnífica. A nuestra izquierda el Alt-Koenig, la única montaña del Taunus que el buitre de los Alpes juzga digna de su nido; el gran Feldberg, donde una antigua tradicion dice que se retiró la reina Brunchant, y donde aun se enseña hoy su ermita escavada en la roca; en fin, frente á nosotros,

Falkenstein ó la Piedra del Halcon, cuyas ruinas conservan la antigua tradicion del caballero Cuno de Sagen y de Ermangarda.

Eran estos dos bellos jóvenes que se amaban; eran jóvenes, ricos y nobles ambos, y cada uno tenia para dar tanto como recibia. No vieron, pues, á su felicidad otro impedimento que el carácter caprichoso del anciano conde de Falkenstein. En el momento en que el caballero de Sagen hizo su peticion, el padre de Ermangarda estaba sin duda con malas disposiciones de estómago; porque conduciendo al que deseaba ser su yerno á un balcon, desde el cual se dominaba toda la montaña sobre que estaba situado el castillo, llamado la Piedra del Halcon, porque era preciso en cierto modo, las alas de aquel pájaro para subir á él,

—¿Me pedís mi hija? le dijo; ¡y bien! es para vos, pero con una condicion; haced tallar en la montaña un camino por el que se pueda subir á caballo hasta el patio del castillo, porque empiezo á hacerme viejo y me cansa subir á pie.

—La cosa es difícil, dijo Sagen, pero no importa; mis mineros son los mejores de todo el Taunus, y yo le emprenderé. ¿Cuánto tiempo me dais para eso?

—Os doy hasta mañana á las seis de la madrugada.

Sagen creyó haber oido mal.

—¿Hasta mañana por la mañana! replicó.

—Ni una hora mas, ni una menos; venid mañana por la mañana á caballo á pedirme la mano de mi hija, y por un camino por donde yo pueda conducirla á la iglesia, y Ermangarda es vuestra.

—¿Pero eso es imposible! exclamó Sagen.

—Nada es imposible para el amor, replicó el anciano sonriendo. Así, hasta mañana, yerno mio.

Y dió con la puerta en las narices al pobre caballero.

Sagen bajó pensativo el sendero maldito; apenas á pie y con grandes precauciones, no se corria el peligro de desnucarse. Todo lo largo del camino dió con el corte de su espada en la montaña. Era una verdadera maldición. La montaña se componia de la mas dura roca, del verdadero granito de primera formacion.

Así, aunque no fuese mas que por tranquilizar su conciencia, y para no tener nada que echarse en cara, se dirigió hácia sus minas. Llegado á la abertura, mando llamar al gefe de sus mineros.

—Wigfrid, le dijo, siempre te has vanagloriado de ser el mas hábil de tus camaradas.

—Y me alabo aun de ello, monseñor, respondió Wigfrid.

—¿Y bien! ¿cuánto tiempo necesitarías, reuniendo todos tus obreros, para tallar desde abajo arriba en el Falkenstein, un camino por el que se pueda subir al castillo á caballo?

—¡Oh! dijo el minero, otro cualquiera necesitaria diez y ocho meses, yo haria en menos de un año.

El caballero exhaló un suspiro y no respondió. Despues, haciendo seña al anciano minero de que podia volver á su trabajo, se sentó pensativo á la orilla de la galeria.

Y cayó en tan profunda abstraccion, que no se apercebíó que habiendo llegado la hora del descanso, todos los obreros habian dejado la mina.

Llegó el crepúsculo, y con él esos momentos en que no es ya de dia ni tampoco aun de noche, en que los vapores se elevan de la tierra al cielo en nubes para volver á caer en rocío; pero el caballero no veia mas que una cosa, y era el inaccesible castillo de Falkenstein perdido en la bruma fantástica de las praderas.

De repente oyó que le llamaban por su nombre; se volvió. En lo alto de la escala que conducia desde la galeria inferior á la abertura, y en el último peldaño, estaba en pie un viejecillo de un codo de altura escaso, cuyos cabellos y barba habian encanecido por la edad, y cuyos ojos, sin embargo, brillaban como los de un joven.

—¿Caballero de Sagen! repitió otra vez el enano.

—¿Y bien! ¿qué me quieres? preguntó el caballero mirando con asombro aquella aparicion.

—Quiero ofrecerte mis servicios; he oido lo que preguntábais al viejo minero.

—¿Y qué!

—He oido tambien lo que te ha respondido.

El caballero exhaló un suspiro.

—Es un buen muchacho que sabe bien su oficio, continuó el enano, pero yo le sé todavia mejor que él.

—¿Y cuánto tiempo necesitarías tú para hacer ese camino?

—Entendiéndose con la ayuda de mis compañeros?

—Con la ayuda de tus compañeros.

—Yo necesitaria una hora.

El caballero lanzó un grito de alegría.

—¿Una hora! ¿pues quién eres?

—Soy el gefe de los duendes que habitan en las profundidades de la montaña.

El caballero se santiguó.

—¡Oh! no temas nada, dijo el enano, nosotros no somos ni enemigos de los hombres ni malditos de Dios; nosotros somos los anillos invisibles que unen la tierra al cielo; solo que tan por encima del hombre como el hombre lo está de los animales, tenemos mil medios que son desconocidos de tus semejantes.

—Y entre esos medios, tendrás el de hacer el camino en una hora?

—Sí, pero ya lo sabes, por nada, nada se hace.

—¿Qué quieres decir? preguntó el caballero con inquietud.

—Pues te hablo el lenguaje de los hombres.

—¿Pues bien! pide lo que quieras, y todo lo que está en poder del hombre, todo lo que no comprometa á la salvacion de mi alma, te lo concederé.

—Haz cesar hoy mismo la mina de Santa Margarita, que está ya tan próxima á mi palacio subterráneo, que oigo desde mi cama los golpes de los martillos de tus obreros. No te pido un gran sacrificio, porque debes notar que el filon se agota y el mineral escasea cada vez mas.

—¿No es mas que eso? preguntó el caballero.

—Nada mas, dijo el enano, y aun te daré una indemnizacion. A la izquierda de la mina, en el sitio donde encuentres la cabeza de un caballo, escava y encontrarás dos filones abundantes bastantes á enriquecer á un rey.

—¿Un millon de gracias! dijo el caballero, desde mañana dormirás tranquilo.

—¿Tu palabra?

—¿A fé de caballero! ¿La tuya?

—¿A fé de duende!

—¿Y qué hay que hacer ahora?

—Nada; ve á acostarte, sueña en tu bella, y mañana á las cinco, monta á caballo; tú encontrarás el camino hecho.

Y dichas estas palabras desapareció el viejecillo como si el peldaño hubiese faltado y hubiera caido en el fondo del pozo.

Volvióse el caballero á su casa, mandó llamar á Wigfrid, le dió orden de cesar desde el dia siguiente la direccion de los trabajos, y despues esperó con impaciencia.

Cuando la noche cerró completamente, se adelantó hácia su balcon que daba al Falkenstein, mas como estaba distante una media legua nada oia, pero veia una multitud de luces que subian y bajaban por los costados de la montaña, tan numerosas que se hubieran creido un enjambre de luciérnagas.

El anciano conde de Falkenstein oyó, por el contrario, un gran ruido y corrió á su balcon, pero nada vió; le parecia que miles de mineros minaban por su base la montaña; oyó resonar el martillo, entrar la piqueta, rodar pedazos de roca, y se dijo:

—Es mi yerno que está en su tarea. Mañana será de dia, y veremos donde está. Y se volvió á acostar muy tranquilo, esperando el dia.

A las seis de la madrugada le despertó el relincho de un caballo, y al mismo tiempo entró su hija en su habitacion sumamente gozosa, exclamando:

—¡Padre mio, padre mio! el camino está hecho, y aqui teneis al caballero Cuno de Sagen que viene á visitaros montado en un magnífico corcel de batalla.

Mas el viejo conde no quiso creer lo que

dijo su hija y se echó á reir encogiéndose de hombros. Sin embargo, habiendo oído por segunda vez los relinchos de un corcel, se levantó y fué al balcon.

El caballero estaba en el patio, caracolando en el mas bonito y fogoso de sus palafrenes. En aquel momento daban las seis en el reloj del castillo.

—Conde, dijo el caballero saludando al anciano señor, espero que seréis vos tan fiel á vuestra promesa como yo he sido exacto á vuestra cita, y que hoy mismo probareis yendo á la iglesia, el camino que he mandado haceros esta noche.

—Un noble no tiene mas que una palabra, y la mia está dada, respondió el anciano conde; si el camino es tal como decís, mi hija es vuestra.

Aquel mismo dia bajó una cabalgata del castillo de Falkenstein, dirigiéndose hácia la iglesia de Kromberg, por el camino tallado en la roca que existe hoy, y que todavía se llama el camino del Diablo.

Despues del almuerzo, trepamos nosotros por el camino del Diablo, hasta lo mas alto de la Piedra del Halcon, desde donde se pueden contar, en un horizonte de ciento cincuenta leguas, hasta setenta ciudades, pueblos ó aldeas. Por lo que hace á las montañas, entre el Alt-Koenig y el Feldberg que se toca con la mano, se ven ademas Iselberg cerca de Gotha, el monte Mercurio junto á Bade, el Donoe en los Vosges, los Siebengeberg inmediatos á Bonn, en fin, el Meinner en la Baja Hesse y el Habiehlwald junto al Cassel.

En medio de este panorama se eleva el castillo de Eppstein, cuyatradición referiria si no hubiese ya referido demasiadas.

Volvimos por Kronniberg, y atravesamos su castañar que data del siglo XII: aun existen algunos de los árboles primitivos, que son los primeros plantados en Europa.

Al volver á entrar en la fonda, encontré la carta del abate Sméets, que como me habia dicho, habia ido á celebrar su jubileo; era demasiado tarde, ó mas bien me sentia demasiado cansado para ir á su casa en la misma noche. Dejé mi visita para el dia siguiente por la mañana.

A la mañana siguiente, me entregaron una carta, era la respuesta del obispo D.... de quien ya he hablado. Cuando iba yo á salir, el abate Sméets entró. Nos abrazamos como antiguos amigos. Sabia ya que no habia yo encontrado al obispo D.... Le enseñé la carta que habia recibido de él, leyó el sobre y reflexionó al parecer un instante.

—Y bien! le dije alarmado; acaso el obispo D.... se ha engañado: ¿es que aquel á quien me dirige para que tenga noticias de Sand no puede dármelas?

—Al contrario, me respondió; y mas exactas ciertamente que ningun otro.

—Entonces, ¿en qué pensais?

—Pienso en una historia que voy á referiros.

—¿Una historia que tiene relacion con Sand?

—No; pero una historia que es preciso sepaís.

—¿Tiene, pues, alguna relacion con esa carta, puesto que esta carta es la que os hace pensar en ella?

—Indirectamente, sí.

—Mi querido abate, hablais hoy por la mañana como una esfinge.

—En Heidelberg, tendreis la esplicacion del enigma.

—Entonces, pasemos á la historia.

—Héla aqui:

—La noche de la coronacion de Luis de Baviera, hubo en el ayuntamiento un magnifico baile de máscaras, al que asistió la emperatriz.

Estaba en aquel baile de máscaras un caballero completamente vestido de negro, y que llevaba el rostro cubierto con una mascarilla negra.

Invitó á la emperatriz á bailar: la emperatriz aceptó, y cuando bailaba con ella, otro enmascarado se inclinó al oído del emperador, y le preguntó si sabia con quién bailaba la emperatriz.

—No, respondió el emperador. Sin duda con algun príncipe soberano.

—Menos que eso, dijo el máscara.

—¿Con algun señor, algun conde ó algun baron?

—Baja.

—¿Será con un simple caballero?

—Baja mas.

—¿Con un escudero?

—Continúa bajando.

—¿Con un page?

—Todavía no has dado en ello Augusto.

—¿Un lacayo?

—Mas bajo.

El rubor salió al rostro del emperador.

—¿Un palafrenero?

—Mas bajo aun.

—¿Un villano?

—¿Si no fuese mas que eso! dijo el desconocido prorumpiendo en una carcajada.

—Pero, ¿quién es? exclamó el emperador con voz ahogada.

—Arráncale su careta, y le verás.

El emperador se aproximó al caballero negro, le arrancó su antifaz, y reconoció en él al verdugo.

El emperador desvainó su espada.

—¡Miserable! le dijo; encomienda tu alma á Dios. Vas á morir.

—Señor, respondió el verdugo arrodillándose; aun cuando me matéis, no por eso habria dejado de bailar la emperatriz conmigo, y si en ello hay deshonor, no por eso quedaria menos deshonrada. Haced otra cosa mejor: armadme caballero, y si alguno ataca á su gloria, con la

misma espada con que hago justicia, haré razon.

El emperador permaneció un momento pensativo.

Despues levantando la cabeza:

—El consejo es bueno, le dijo. En adelante no te llamarás el verdugo, sino el juez.

Despues habiéndole dado tres golpes de plano con su espada en el hombro:

—Levántate, añadió. Desde este momento, eres el último de los nobles y el primero de los ciudadanos.

—Y en efecto, continuó el abate Sméets; desde aquel momento, en todas las ceremonias públicas, sean civiles ó religiosas, el verdugo va solo detrás de los nobles y delante de los ciudadanos.

—Os agradezco vuestra historia, le dije; es muy curiosa. ¿Pero puedo saber por qué me la habeis referido?

—Porque podria muy bien suceder que un dia ú otro, me respondi, os encontráreis en presencia de los descendientes del Caballero Negro, y en este caso, creo sabriais muy bien los miramientos á que tiene derecho, como el último de los nobles, y el primero de los ciudadanos.

—Os doy gracias por la prevision, mi querido abate, pero espero que será inútil.

—¿Quién sabe? respondió el abate.

Y salimos juntos para ir á dar una vuelta por la feria, él sonriendo con aire malicioso, y yo buscando en mi imaginacion cuál podria ser el objeto del apólogo que acababa de referirme.

Cuatro ó cinco dias despues, dejé á Francfort sin haber podido obtener del abate Sméets ninguna otra esplicacion.

## MANHEIM.

Estaba decidido que yo no viese en Maguncia mas que su estatua de Guttemberg; llegué allí á las dos de la noche en la diligencia, y volví á partir á las seis en el buque de vapor.

Desde Maguncia hasta Strasburgo, las orillas del Rhin cesan completamente de ser pintorescas, y no tienen ya otros atractivos que los recuerdos históricos de los romanos y de los tiempos de Julio César y Carlo-Magno. Los antiguos castillos han desaparecido, pero quedaban aun las antiguas catedrales, y lo menos que puede hacerse por Worms y por Spira, es efectivamente nombrarles al pasar por delante de ellas.

Manheim, á donde ibamos, está situado á mitad del camino, entre esas dos ciudades, á

un cuarto de legua del Rhin. El buque pe vapor nos dejó, á las siete de la tarde próximamente, en las orillas, donde encontramos omnibus y berlinas en abundancia. A los cinco minutos, nos apeamos en la plaza mayor.

Manheim es la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, impregnadas en una tranquilidad y una tristeza que no carece de encanto. Al dia siguiente del en que nosotros llegamos era dia de fiesta, lo cual contribuia animándole un poco, á caracterizarle mas aun. Por lo demas jamás vi mas bella poblacion. En una media hora que estuvimos á la puerta de la iglesia de los Jesuitas, vimos salir de ella mas de cincuenta mugeres bonitas. Los jóvenes en nada las ceden, á pesar de su traje azul y blanco y el fantástico gorro, que los hace asemejarse con los soldados de la ópera cómica.

Manheim es una gran ciudad, que tiene el carácter del gran sistema mitológico que siguió entre nosotros el reinado de Luis XIV. La iglesia de los Jesuitas, no se por qué, posee en su fachada dos nichos, y en ellos una Minerva y una Hebe, que admirados de encontrarse alli, hacen una estraña figura.

Frente está el teatro, que creo es de la misma época, edificado por el mismo arquitecto y del mismo gusto. En la parte superior de las puertas hay esfinges que representan la comedia y la tragedia, y que tienen bajo su pata la una una careta y la otra un puñal. Cíen su cabeza raices rectas, con trenzas de pelo empolvado, y que sienta de un modo maravilloso á su carácter egipcio.

El castillo, residencia habitual de la gran duquesa Estefanía, es de una época anterior, y por consecuencia de un carácter mas grandioso. Su encantador parque inglés constituye el jardín, y como es público tuvimos la ventaja de pasar revista, de dos á cuatro de la tarde, á toda la sociedad de tono de la ciudad. Este segundo examen confirmó mi primer juicio. Manheim, proporcionalmente, es seguramente con Arlés, la ciudad de Europa donde hay mas mugeres hermosas.

No habia yo olvidado en tanto que Manheim habia sido teatro del asesinato de Kotzebue y de la ejecucion de Sand. El amo de la fonda me dió uno de los mozos para que me enseñara la casa de Kotzebue. Es la casa que hace esquina á la calle A 2, frente á la iglesia de los Jesuitas. Por indiscreto que fuese el paso, llamé á la puerta, é hice al mozo de la posada pidiese permiso para ver la habitación donde fué asesinado el consejero público. Esperaba que el amo de la casa bajaria para hacerme los honores de ella; pero sea que me tomé por un estudiante y que temiese por sí la misma suerte de su predecesor, sea que tuviese cosa mas urgente que hacer, me concedió mi demanda, haciéndome sus cumplidos, pero permaneció invisible.

Subí unos veinte escalones, entré en una